

T. Herreros

# - EL OBRERO MODERNO -

- CONFERENCIA dada en el -  
Teatro Bretón de los Herreros de Logroño  
≡≡≡ el día 7 de agosto de 1911 ≡≡≡



AEP - CDHS  
BARCELONA

LOGROÑO:  
IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. MARTÍNEZ

1911



19433

# El Obrero Moderno



El obrero ha venido al mundo para arrastrar la vida del esclavo y para producir sin descanso y en provecho del burgués?

## Compañeros:

La mayoría de los obreros no se unen al grandioso movimiento de emancipación, porque sus padres, sus maestros y la religión les han educado en tal estado de sumisión que viven en concepto de esclavos y en la persuasión de que han venido al mundo para producir sin descanso y en provecho del burgués; mejor dicho, *del amo*, pues aún no se han dado cuenta de que el obrero ha perdido su condición de siervo, puesto que su burgués, *no su amo*, no tiene ningún derecho sobre él, excepto en las horas que, previa estipulación, le tiene *alquilada*, no comprada, su fuerza muscular.

Ignoran que tienen perfecto derecho al goce de las bellezas y de las riquezas de la naturaleza y al disfrute de los productos creados por el genio industrial de la raza humana.

¿Y por qué esto?

Porque dada su educación carecen de voluntad y de conciencia; son fuertes y desconocen su propia fortaleza, y miran con prevención y á veces hasta con odio, á aquellos compañeros de trabajo que no se avienen á la vida de escasez y hasta de miserias á que viven sometidos los únicos productores de la riqueza. ¡Que siempre ha habido quien ante el desconocido porvenir—que indefectiblemente ha de ser mejor que el presente—prefiere la odiosa seguridad de su miseria actual!

Por eso para esta conferencia he elegido este tema: «EL OBRERO MODERNO».

Para hablar del obrero moderno, he de empezar por exponer un concepto del *hombre*, porque hombre es por la naturaleza, aunque la sociedad le rebaje de categoría



reduciéndole á ser desheredado, jornalero, frente á frente de otros hombres que son privilegiados capitalistas.

Escritas estas palabras, no brota espontánea ni fácil la continuación. Recorro á los libros, repaso índices y no encuentro lo que busco, y no debe ser cosa fácil á juzgar por el párrafo siguiente, de «Los enigmas del universo»:

«Sobre todas las otras ciencias se coloca, en cierto sentido, la verdadera ciencia del hombre, la verdadera antropología racional. La palabra del sabio de la antigüedad «Hombre, concóctete á tí mismo» y esta otra palabra célebre: «El hombre es la medida de todas las cosas», han sido reconocidas y aplicadas siempre. Y sin embargo, esa ciencia, en su más amplia acepción, ha languidecido mucho más tiempo que todas las otras en la cadena de la tradición y de la superstición. Hemos visto cuán lenta y tardíamente se ha desarrollado el conocimiento del organismo humano: uno de sus más importantes ramos no se fundó definitivamente hasta 1828, y más tarde aun se resolvió la «cuestión de las cuestiones», el colosal enigma del origen del hombre. Aunque Lamarck había indicado la única vía que podía conducir á resolver felizmente este enigma y que había afirmado que «el hombre desciende del mono», transcurrieron años hasta que Darwin logró demostrar esa afirmación y en 1863 Huxley reunió las pruebas más evidentes. El mismo Haeckel, en 1874 trazó por primera vez, en su encadenamiento histórico, toda la serie de arte pasado porque en el curso de millones de años ha evolucionado nuestra raza del reino animal.

Lo positivo es que la ciencia, que es el saber, en oposición á la religión, que es el imaginar, cuando no el engañar, demuestra que la evolución de la substancia y de la energía no forma parte de un punto ni de un momento determinado, sino que es anteriormente eterno, que no ha habido ese *nada* ni ese *creador* de que habla el Génesis; que el universo no es este globo que habitamos, el cual, junto con el sistema solar de que forma parte, es un fragmento de la materia universal, entrado en la vida individual de la manera que concibió Laplace, desarrollando los grandes descubrimientos de Copérnico, Galileo, Newton y Herschel, y que la humanidad no es la descendencia de un Adán hecho de barro, ni de una Eva formada de una costilla adánica, sino que es un producto de la evolución y de la selección; lo mismo que todo lo que vive.

El nombre de una especialidad profesional aplicado al hombre en forma de adjetivo, puede significar un aumento ó una disminución. Por ejemplo: un hombre calificado de *productor*, *científico*, *industrial*, *artista*, etc., se le considera como aumentado en su ser por la aplicación ó ejercicio de sus facultades en bien propio y de sus semejantes; aplicación y ejercicio necesario, por cuanto su vida depende de ese bien individual y social ó socializado; el que ejerce una profesión que, aunque le beneficie individualmente, perjudique á los otros, es un hombre despreciable, aunque por efecto de la ignorancia goce de honores y disfrute de pingües prebendas; el reducido á

mínima condición, obligado á desarrollar fuerza material é intelectual por un mínimum de recompensa llamado jornal ó salario, reemplazando en nuestros días y en los países civilizados á los esclavos de otros tiempos y aún en el día de otros países, es un hombre rebajado, disminuído, despreciado, de escaso valer.

Eso somos, compañeros; el calificativo de obrero con que nos honramos, es una verdadera marca infamante, por eso se nos recompensa con el jornal, que representa el mínimum de lo que puede darse en pago de la jornada de trabajo, que es mucho más del máximum de lo que puede exigirse; y para probarlo, me basta recurrir á la estadística de la mortalidad, que demuestra que los asalariados, faltos de higiene, de alimentación regular, de descanso, de instrucción, de alegría y de muchas cosas absolutamente necesarias á la vida, mueren en una proporción espantosa comparada con la de los privilegiados, debilitados también por los excesos ó por la irregularidad viciosa de su modo de vivir.

En apoyo de esa afirmación, os presento aquí un dato de asesinato social, que mancha de sangre á todos y cada uno de los que viven del privilegio:

«Según los cálculos de Deparcieux, de cada mil nacidos ricos, <sup>235</sup> llegan á la edad de 70 años, mientras que de cada mil nacidos pobres, sólo llegan á la misma edad 117.

«En París, en los distritos ricos, la mortalidad anual es de 13 á 16 por 1.000, en tanto que en los barrios pobres es de 25 á 31 por 1.000. La misma proporción ha sido demostrada por Villermé en Mulhouse, y por el doctor Marmisse en Burdeos. La diferencia es todavía mayor en New-York, donde en los distritos ricos se muere en la proporción de 28 por 1.000 y en los pobres mueren como chinchas; la proporción es de 150 á 196 por 1.000.

«El cálculo medio de la edad (eliminando á los niños, que pagan un gran contingente á la mortalidad entre los obreros), es para los patronos de 43 años, y para los obreros de 15.»

Y no hago mención de esos pobres niños que no mueren, es decir, no se les ha agotado la vida, pero que la avaricia capitalista ha encerrado en un taller en la edad en que debieran estar jugando en parques y jardines, suprimiendo en ellos de esta manera la hermosa edad de la infancia.

Considerados desde el punto de vista político, somos el *pueblo*, que es como decir una escoria donde se amontona todo lo humano que no es poder, dominación, excelencia ni riqueza; como no somos cada uno un rey, noble, gobernante, sacerdote, general, rico ni prebendado de ninguna clase; ni tenemos títulos, propiedades, dinero ni sangre azul; somos eso, *pueblo*, que es lo mismo que decir *nada*, aunque nos doren la píldora llamándonos *pueblo soberano* en vísperas de elecciones.

En lo social y para lo que se llaman efectos económicos, somos el proletariado; es decir, los proveedores de prole necesaria para el gran consumo de sangre del pri-

ALP - COHS  
BARCELONA





pleando medios indirectos, en vez del directo explícitamente indicado en la frase que sirve de encabezamiento á este esbozo.

No es la obra de ellos mismos, cuando encargan de su emancipación á otros; ni es posible se emancipen quienes empiezan por estar sometidos á las buenas ó malas intenciones, á los acertados ó disparatados actos de otros, á la voluntad perezosa ó activa de los demás, á las conveniencias particulares ó no de otros.

La emancipación de los trabajadores ha de ser la obra de ellos mismos; y agregaremos con Farga Pellicer, que esta afirmación está fundada en el hecho de que no hay institución ni clase social alguna que por la obrera se interese; todas las que del monopolio y de la explotación viven, sólo procuran eternizar nuestra esclavitud.

Desde luego se echa de ver que nadie puede tener interés en la emancipación de los trabajadores fuera de éstos mismos, por cuanto que esa emancipación es de carácter económico y conseguida la cual caen forzosa é inevitablemente todos los privilegios, todas las ventajas de que en el actual régimen social disfrutan cuantos no son obreros.

Y á decir esto no es posible olvidar que los obreros llamados intelectuales sufren en su mayoría penurias parecidas á las de los manuales; pero como entre ellos se reclutan los políticos, los vividores de toda especie, escalando no pocos de ellos puestos de privilegio, en general no tienden á la destrucción del régimen y antes bien lo consolidan y aun procuran servirse de los manuales para esos encumbramientos que les hacen placentera y grata la vida.

Raro es el obrero manual que se emancipa del salariado dentro del régimen actual, y aunque hay quienes pasan de explotados á explotadores y de manuales á intelectuales y por lo consiguiente á privilegiados, á políticos, á empleados, á sostenedores del presente sistema político-social, en general se puede decir que sólo los obreros manuales son los verdaderamente interesados en la abolición de todos los privilegios, de toda explotación y de toda forma de opresión.

Los obreros intelectuales que á un ideal individual de encumbramiento sustituyen el de emancipación colectiva, pueden naturalmente formar en las filas de los manuales contribuyendo á la emancipación moral de los trabajadores con su inteligencia, pero siempre teniendo entendido que pues la emancipación de los trabajadores ha de ser la obra de los trabajadores mismos, ellos no han de figurar entre nosotros como *nuestros emancipadores*, ni á ellos hemos de confiar nuestra emancipación, que ha de ser—tiene que ser—nuestra propia obra.

La emancipación económica de los trabajadores es algo que nadie ha tenido en cuenta hasta que La Internacional la proclamó bravamente.

Habrás podido tender á mermar el poderío de los señores feudales para robustecer el real; habrás podido

disminuir el poder real en beneficio de las clases medias; habrás podido llegar á la república aboliéndose la autoridad de los monarcas, pero en todos esos cambios realizados mediante el esfuerzo de los trabajadores que han sido el cuerpo y el brazo dirimidor de las contiendas, la situación económica del obrero ha seguido siempre lo mismo. Explotado ayer, hoy y siempre.

No se niega con esto el progreso moral é intelectual que los cambios políticos han acarreado para los trabajadores. Su esfuerzo para beneficiar á otras clases han mejorado su condición de hombres y los han colocado en situación de poder anhelar su emancipación económica, que era algo que permanecía nebuloso, algo que ha confundido en todos los tiempos—y aun hoy muchos confunden—con determinadas libertades políticas. Y si bien en todas las épocas ha habido alzamientos de carácter económico, propósitos de implantar un sistema comunista de vida, en general esos propósitos tenían en su contra las tendencias autoritarias de los mismos rebeldes, su organización revolucionaria con caudillos y jefes.

No es posible la emancipación de los trabajadores en tanto éstos tengan un *emancipador*, un jefe, por cuanto que aun logrando vencer á los sustentadores del régimen, no harían más que instaurar otro régimen de privilegios, en el que resultarían privilegiados los *emancipadores*, los jefes. Que no es posible abolir los privilegios con organismos en los que el privilegio exista, por cuanto no es posible la emancipación sino como obra de los trabajadores mismos.

La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.

Tengamos esto presente los asalariados en todo momento.—*T. Herreros.—J. Gil.—F. Ferroni.—M. Vilanova.—A. Martín.—L. Plaza.—M. Marcet.*

Pues bien, con este criterio y con los medios de acción directa que preconiza la moderna orientación del sindicalismo á cuyo desarrollo, por lo que tiene de escuela de rebeldía, de escuela revolucionaria en el único sentido que debe orientarse para que por medio de nuestra contribución los anarquistas para que por medio de nuestra actuación no sea posible en ella el mangoneo de los que, cambiando sólo la forma de opresión, se llaman redentores y amigos del obrero sin perjuicio de explotarle en sus fábricas y talleres y aspirar á oprimirles socialística ó republicamente, como lo hacen los gobiernos de la Argentina y Francia, encarcelando y expulsando á los obreros militantes y que sin ambiciones particulares laboran por la libertad económica, que es la madre de todas las libertades.

Obrando así haremos verdadera obra práctica y terminaremos con la irritante desigualdad que supone el actual estado de producción que hace que haya como ejército de reserva una enorme masa de obreros sin trabajo.

Véase la siguiente estadística:



En Francia la población obrera, tomada en conjunto, da un término medio de 250 días de trabajo por individuo al año. Los detalles de esta estadística, considerados por oficios y por localidades, son horrorosos, y demuestran que aquel pueblo soberano que, como dicen los embaucadores políticos, tiene en sus manos sus destinos por el sufragio universal y que en su inmensa mayoría vota, padece de miseria negra.

En Inglaterra los parados llegaban al 30 por 100 en 1895 y continuaba subiendo el número.

En Alemania en la misma fecha resultó un 39 por 100 en junio y 23 por 100 en diciembre.

En otros países que tienen descuidada la estadística y en que cada uno vive como puede, el conocimiento de la verdad pondría la carne de gallina hasta al burgués más desaprensivo; en la ignorancia en que nos hallamos se pueden disfrutar aún algunos ratos felices, como en España, por ejemplo, donde podemos contemplar sin enojarnos demasiado, cómo el Estado despoja por insolvente al agricultor pobre, cómo se oculta la gran propiedad, cómo se despueblan las costas mediterráneas y cantábricas por la emigración, cómo en los centros fabriles se ceba el hambre y la enfermedad, lo que no impide que gran número de trabajadores, desconfiando sus sindicatos, aplaudan á rabiar á la media docena de oradores conjuncionistas ó revolucionarios que en época de calma son come-curas y come-reyes, y que cuando el pueblo instintivamente se lanza á la calle, son los primeros en abandonarle después de haber intentado reducirle.

Hay que acabar con el ejército de reserva del trabajo que lo constituyen los victimas del progreso de la maquinaria y los victimas del pacto del hambre, para que no pueda repetirse la frase pronunciada en la sociedad de Economía política de París, por el economista Limousin: «A Francia le sobran cinco ó seis millones de trabajadores».

Los datos son concluyentes. Una vez más queda demostrado que el progreso, sometido al poder y á la dirección de los privilegiados, es decir, de los detentadores y usurpadores de la riqueza social, se halla en un callejón sin salida, y que como el progreso, si es susceptible de desviarse y aún de estancarse por algún tiempo, es imposible detenerle para siempre, á nosotros corresponde encauzarle, ponerle en la buena vía y empujarle racionalmente para que dé para todo el mundo sus beneficios resultados.

Y al decir á nosotros, no me refiero sólo á los que trabajamos como agricultores ó como obreros del taller y la fábrica, sino á todos los productores, aceptando la definición del *productor* contenida en el Manifiesto de la Federación Regional Española de Trabajadores de 1888, que dice:

«La verdadera y científica unidad social es el productor.

«Son *productores*: los que cultivan las ciencias, arran-

cando á la naturaleza sus secretos para ensanchar nuestra esfera intelectual y aumentar nuestra potencia productora; los que cultivan el arte, sublimizando nuestros sentimientos para hacernos más capaces de admirar lo bello y lo bueno y acercarnos á la felicidad; los que cultivan la industria y la agricultura, atendiendo á todas nuestras necesidades corporales.

«El sabio que en su gabinete que, estudiando intrincadísimo problemas, da con una solución que se traduce por un invento maravilloso; el geógrafo que, desafiando las inclemencias climatológicas ó de otra especie, se arriesga por el interior de África ó desafia los fríos polares para determinar fijamente el inventario de nuestro planeta; el paciente observador que, con su potente genio y admirable constancia, sorprende los misterios de la vida de los infinitamente pequeños, descubriendo importantísimas leyes para la ciencia y la industria; el artista, cuya inspiración le facilita medios para hacer vibrar las más recónditas fibras de nuestra sensibilidad; el obrero industrial que, en su lucha constante con la materia, elabora la infinita variedad de productos con que provee á todas nuestras necesidades, comodidades y recreación; el obrero agrícola que, desafiando los rigores de las estaciones, atiende á nuestra subsistencia, y en fin, cuantos hacen algo útil son productores, y únicamente por este concepto son miembros sociales.»

Ya veis que aquí no cita entre los productores á ninguno de esos parásitos que, como el cura y el gobernante no tienen otra misión que mantener al pueblo en la ignorancia, para que continúe siendo materia explotable para el burgués en el taller y para el político en el colegio electoral. Y por esto, por preocuparnos más del político y del cura que de nuestra emancipación por nuestro común esfuerzo, son posibles las grandes iniquidades capitalistas y que produzcamos fabulosas riquezas mientras nosotros continuamos en la miseria.

Vaya este dato:

Cuatro grandes compañías inglesas de ferrocarriles recaudaron en tres meses una cantidad equivalente á 293 millones de pesetas. Invertieron 73 para mejoramiento de las vías y reparación del material, contribuciones, etcétera y 68 en salarios, incluso ingenieros y directores, quedando un remanente de 152 millones para los accionistas. Teniendo en cuenta los 73 millones empleados en material y en derecho de seguir explotando, resultan á favor de los capitalistas, que nada han hecho para ganarlo, 225 millones, y para los trabajadores, creadores de aquella riqueza, 68.

A esto se añade que los 68 millones se han de gastar enseguida para las exigencias de la vida y que los 225 capitalizados al 6 por 100 reduitan al año 13 millones y medio; quedará probado que el dualismo absolutamente antagónico que existe entre el capitalista y el obrero no pueden resolverlo ni las casas del pueblo republicanas, ni la providencia monárquica, ni las encíclicas de los papas.

REP - CDHS  
BARCELONA

AEP - CDHS  
BARCELONA

Otro dato más:

Según una memoria del comisario general del trabajo de los Estados Unidos, hace ya algunos años, para la fabricación de instrumentos aratorios se necesitarían antes 2.145 obreros de diferentes aptitudes para producir tanto como producen hoy con ayuda de máquinas, 600 obreros de aptitud ordinaria. La fabricación de ladrillos suprime hoy el 10 por 100 de trabajadores y de la tejas el 40 por 100. En la zapatería, 100 hombres producen hoy tanto como producían anteriormente 500. En cierta clase de calzado la máquina ha suprimido el 50 por 100 de obreros.

Y yo os pregunto:

¿Teneis verdadera conciencia de vuestra misión, de vuestros deberes y de vuestros intereses como trabajadores?

Miremos sin prejuicio alguno nuestra situación como hombres en el mundo y como obreros en la sociedad; tengamos en cuenta las consideraciones y datos que acabo de exponer y veamos si hemos de retroceder, estacionarnos ó marchar hacia adelante.

Somos hombres, miembros de la gran colectividad humana y ocupamos un lugar inferior á otros hombres; somos trabajadores, y como tales contribuimos de modo mucho más considerable á la producción para la satisfacción de las necesidades individuales y sociales que los privilegiados de toda clase, y participamos de esa producción en una parte mínima; es decir, se nos humilla, se nos desprecia, se nos rebaja en nuestra dignidad de ser humano, se nos defrauda en nuestro derecho de productores; hasta se nos arroja cubierto en el banquete de la vida no tiene derecho á vivir, sino que en nombre de la ciencia económica, en una república democrática donde todo hombre es elector y elegible, se ha tenido la cínica osadía de decir que sobran millones de trabajadores, y donde no se tienen esas brutales franquezas, se envían miles y miles de trabajadores á morir en lejanas tierras. Y considerado bien, compañeros; iniquidad tan enorme se halla rodeada de todos los prestigios, y cuenta además con el apoyo de todas las fuerzas sociales y la defensa en todas las naciones encomendada á muchos millones de soldados.

Contra mal tan grave y fuerzas tan poderosas ¿con qué medios contamos?

Veamos: uno sólo hay, que es la verdad y la justicia en su acepción de equivalente de la economía; pero eso está fuera del alcance, no diré de vosotros individualmente, pero sí de sociedades que dándolo lo verdadero, lo justo y lo económico, como impracticables por el momento, ya que no se atreven á calificarlo de utópico, se atienen á lo oportuno, á lo que consideran práctico y suficiente por el momento.

Por eso mismo no se forma un sindicato obrero para dirigir todas las energías intelectuales y volitivas de los

socios al completo dominio de la propia personalidad de los asociados y á su participación en el patrimonio universal, que ese objeto ó á lo menos esa orientación debiera tener toda sociedad obrera, sino que se limita su finalidad á que no se rebaje el jornal, á que no se aumenten las horas de trabajo, á aumentar el uno y disminuir las otras si se puede, y en ocasiones hasta limitar el número de aprendices, es decir, á vigilar el comedero contra la invasión de la infancia, luchando hasta con los futuros concurrentes; y eso es lo lamentable; para esto los socios cotizan, se reúnen, discuten, celebran reuniones de propaganda y van y vienen comisiones á tratar con burgueses y autoridades, porque para eso están á cubierto de la ley. En todas esas faenas el secretario, si es activo, emplea el tiempo que le dejan libre el trabajo, el descanso necesario y las atenciones de la familia, y no le queda tiempo para otra cosa; en caso contrario, se atrazará en las cotizaciones, no asistirá á las reuniones y cargará el muerto sobre presidentes y secretarios, y el objetivo social, tan bonito en los artículos del Reglamento, será letra muerta que no revivirá el fuego pasajero de un poco más extensas que se denominan por moda huelga general.

A todo esto, si la ciencia da desí una nueva máquina y se la sirve á la industria domesticada por el burgués, que la compra para sí, la mete en su fábrica y se encuentra que produce, por ejemplo, como aquellos zapateros de los Estados Unidos, ó un cambio de residencia lleva una industria determinada de aquí para allá, ó sobreviene una crisis por exceso de producción, ó por una modificación arancelaria, ó por cualquiera de las infinitas circunstancias que rompen el hilo de que pende nuestra subsistencia, ¿qué haréis con vuestra sociedad, con vuestras ilusiones y con vuestra desgracia positiva é irremediable?

No me responderéis de una manera positiva; vuestros reglamentos sociales no lo prevén. Si algo intentáis responderme no será ya como socios, sino individualmente como cristianos, como demócratas, como socialistas, como cooperativos ó como anarquistas; el cristiano se conformará con la voluntad del dios que le han metido en la cabeza; el demócrata esperará que un redentor cualquiera, instaurada ó restaurada la república, decreta desde el ministerio correspondiente que todos los españoles echen carne al puchero; el socialista procurará votar muchos obreros para tener mayoría en el Parlamento y desde allí hacer la mar de cosas; el cooperativo convertirá el mundo en una Rochdale inmensa, modernizada con escuelas y hospitales para que no se le tache de egoísta, y el anarquista hará lo que pueda ó procurará dar inclinación hacia el ideal al movimiento obrero.

Pensadlo bien; ved si estáis en el caso de que para progresar hayáis de retroceder, es decir, desandar lo andado, sacar del aislamiento á vuestras sociedades y vol-

AEP - CDHS  
BARCELONA



ver sesenta años atrás á reconocer con los Estatutos de La Internacional, que los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes profesiones en cada país, y de unión fraternal entre los trabajadores de las diversas regiones.

Cuando Carlos Marx lanzó al mundo su famoso manifiesto invitando á los trabajadores de todos los oficios y de todas las naciones á asociarse, ya había sociedades de resistencia, faltaba universalizarlas, y con La Internacional se hizo una universalización relativa harto poderosa, que fracasó después por luchas intestinas y por persecuciones autoritarias, y desde entonces sobrevino el fraccionamiento, la legalización, y por añadidura el adormiderismo; y como consecuencia, la aspiración revolucionaria á la emancipación de los trabajadores y el ideal de paz y armonía de la sociedad, sustentado por los trabajadores conscientes, activos y altruistas que saben dónde van y quieren llegar á todo trance, no se deja gobernar por trabajadores de mejor aspecto que el resto de sus compañeros y que en casos críticos, como en diferentes tentativas de grandes huelgas en Francia, en Bélgica, en Holanda y en España—el año anterior en Bilbao—cuando la decisión está formada, las pasiones en su punto y la operación comenzada, sale el eterno jefe, atemorizado ó vendido y manda á las huestes societarias el abandono del propósito, y da el triunfo al triunfador de siempre, al usurpador capitalista.

Sí, compañeros, hay solidaridad: bien se yo que el privilegio es una gran fuerza, pero fuerza en decadencia, y que la justicia que el ideal anarquista representa y al que habéis de venir todos por necesidad y por fatalidad, es aún una debilidad presente y una fuerza futura; pero la hay irregular, tumultuosa, producto del sentimiento más que de la reflexión. Ese género de solidaridad es el que ilustra el movimiento obrero moderno, sobre todo en España. La solidaridad societaria se debilita, se gasta, por los rozamientos del expediente, de la fórmula y á veces por la mala voluntad del obrero-jefe que tiene la acción corporativa en su mano influida por el temor de una persecución, por sus planes político-ambiciosos ó por otros móviles peores.

En pocos años hemos visto repetidos ejemplos de esa clase de solidaridad en varios puntos que cito sin precisar bien el recuerdo: Gijón, Coruña, Barcelona, Sevilla, La Línea, Jerez, Alcalá del Valle, Logroño, Bilbao y últimamente Zaragoza.

He de declarar que no soy enemigo de la organización de los trabajadores; sé lo que vale para la conquista del ideal el individuo y la agrupación, y tengo por gran honor pertenecer al Sindicato Arte de Imprimir de Barcelona, considerada por las autoridades como la más revolucionaria; lo que abomino es el adormiderismo y por dormilones tengo á muchas sociedades y asociados.

Yo recordaré siempre la siguiente nota que recorté

de «El Productor» hace seis ó siete años con ocasión de la huelga general de mineros ocurrida entonces:

«Por otra parte el escritor de empresa, Ramiro de Maeztu, ha dicho en la revista *Alma Española*, con motivo de la huelga de Bilbao, que los obreros han aprendido que más se consigue en tres días de violencia que en 16 años de propaganda pacífica. En cuanto interrumpieron la circulación de trenes, coches, carros y tranvías, levantaron barricadas en sus barrios, ahuyentaron á los vendedores de los mercados y obligaron á los comerciantes á cerrar las tiendas y recluyeron en sus casas á las familias de la clase media, la población se puso de su parte y obligaron á los patronos á solucionar la huelga..... Más han podido tres días de pavora que 16 años de incansables reclamaciones. ¡Lección terrible para todos! ¿Será provechosa para los societarios?»

Mientras en pereza languidez bostezan muchas sociedades de resistencia que van persistiendo como aquél que aquí tropieza y allí se levanta, tenemos, por ejemplo, los compadrazgos burgueses que conspiran contra el pan de los mejores compañeros nuestros, y no hemos sabido organizar siquiera un mal boicot que dé que rascar á un satisfecho y deje sin un céntimo á su heredero.

Tal vez os desagrada el criterio expuesto, pero he de advertiros que no es nuevo. Revolviendo papeles y libros he encontrado en la revista *La Acracia* un artículo titulado «La jornada de ocho horas» del compañero Anselmo Lorenzo, á quien me enorgullezco en llamar mi maestro, que dice:

«Grandé es el poder de la asociación, á ella somos deudores de la realización de los más grandes y de los más nobles propósitos que haya podido concebir el pensamiento; en ella confiamos, no sólo para mantener las conquistas de la civilización, sino para trabajar con fruto en la obra del progreso.

«Cuando la asociación se propone un fin racional, su organismo está bien entendido y combinado y sus miembros se hallan animados por la constancia, su poder es incontrastable; por pequeños que parezcan, sus componentes alcanzan los últimos límites de lo posible, colocados mucho más lejos que lo que los supone la generalidad; es como esas inmensas moles de que nos habla Michelet, agrupaciones que merecen el nombre de continentes y cuya unidad son los restos de insectos microscópicos.

«La asociación solo tiene un enemigo terrible: la asociación.

«Asóciense los trabajadores para lograr su emancipación, asóciense los burgueses para negársela. Carecen los primeros de instrucción, tiempo y capital; tienen los segundos por suya la Universidad, pueden disponer de las horas á su antojo y monopolizan toda la riqueza producida; tienen los unos contra sí las leyes; son los otros los legisladores.

«Dos fuerzas iguales y opuestas se neutralizan; una superior vence á otra inferior. La asociación de los privi-



legiados tiene, pues, todas las condiciones necesarias para destruir la de los desheredados.

«Si los proletarios se asocian para cooperar, los privilegiados que ven, no sólo un concurrente, sino unos clientes menos, tienen medios para ahogar la sociedad naciente, á menos que les convenga para ulteriores fines dar la mano á unos cuantos proletarios para elevarlos á la categoría de burgueses. Si se reúnen por oficios para imponer una tarifa en que se consigne aumento de jornal ó disminución de horas de trabajo, raro es el caso en que la caja y el crédito del burgués no pueda dar buena cuenta de la caja de resistencia obrera. Y es que combatir los males de lo existente con lo que participa de la causa del mal, podrá á lo sumo producir los efectos de un paliativo, nunca será un remedio radical.

«Hállase, pues, el proletario entregado á los efectos del desbarajuste autoritario y capitalista de la sociedad presente, y mientras á ella se someta, mientras como trabajador se contente con regatear con el usurpador de los medios de producir unos céntimos más ó una hora menos de su salario, y como consumidor no piense más que en cooperar para comer más barato, siempre tendrá sobre sí el peso de la clase dominante que legisla, gobierna, manda, explota y despilfarrá.

«En tal situación es inútil pensar en el esfuerzo individual para aquello en que la acción combinada de muchos fracasa por ineficaz.

«No menos inútil es confiar en la eficacia de la política, cuya acción se limita al arte de gobernar á los hombres considerados como incapaces de entenderse sin una autoridad que les guíe, pasando por la contradicción de encargar á unos hombres aquello de que declara incapacitados á todos los hombres, y es nula para dar solución al problema social.

«Tiene, pues, el proletariado cerradas todas las puertas de la esperanza. No hay para él mejora parcial posible: si se asocia para cooperar apálstate la concurrencia capitalista; si se asocia para resistir, aun suponiendo que triunfe en luchas parciales, nivélense los precios de la mano de obra con los de los productos, y lo que gana como productor lo pierde como consumidor.

«Mas, á pesar de la ineficacia de los medios hasta aquí adoptados para alcanzar su emancipación, el proletariado no puede renunciar á ella; necesita abrirse camino para llegar á las grandes justificaciones que guarda el porvenir. Tiene conciencia de su derecho y un ideal, y en tales condiciones no es apto para sobrellevar la condición servil á que le tiene condenado la sociedad presente. El conocimiento del derecho y la aspiración á la libertad comprimidos por una tiranía, sea política, sea económica, produce necesariamente una explosión revolucionaria al menor incidente que sobrevenga, á la manera que las materias explosivas contenidas en una mina explotan cuando les toca la chispa fulminante.

«Necesítase, pues, adoptar una conducta negativa, ya

que no la hay positiva que conduzca á un fin racional y práctico. Es indispensable que el proletariado organice la lucha para el triunfo de su ideal.

«No puede ser esta lucha aquella en que la burguesía tiene probada su superioridad por los grandes medios que le proporciona el poder y la riqueza. Nada puede el proletariado contra un ejército que, á la superioridad de la disciplina, reune la perfección del armamento; es igualmente impotente para luchar en el mercado con sus pobres cuotas contra el gran capital. Quédale la lucha económica.

«Así lo ha comprendido el proletariado en las naciones más productoras y por consecuencia más explotadas; así lo demuestran las grandes manifestaciones del pueblo trabajador en los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, etc., al dar como grito de guerra la jornada de ocho horas.

«No entienden los trabajadores que han iniciado este movimiento alcanzar un estado normal en que, mediante un trabajo diario de ocho horas se gane un jornal capaz para atender dignamente á las necesidades del hombre civilizado, eso es una verdadera utopía; propónense hacer la guerra á los privilegios de la burguesía, producir perturbación, iniciar el período revolucionario que tenga por término la supresión del salario. Con ello pierde el trabajo el carácter de mercancía pasiva que tiene para los cálculos del burgués y empieza á adquirir el valor activo que le corresponde..... y produce un desequilibrio en las actuales condiciones sociales que necesariamente ha de ser ocasión justificada á traer á la práctica las soluciones sociológicas ya reconocidas como de perfecto valor científico.

«Contra el estancamiento de la rutina y del privilegio, necesitase el empuje revolucionario, y este empuje, después de efectuada la demostración racional de su objetivo, deben verificarlo los más directamente interesados en que la reforma se lleve á cabo: estos son los trabajadores, víctimas de siempre que, desengañados de la imposibilidad de pactar dignamente con la sociedad en que vivimos, y empeñados en alcanzar la realización de su ideal de justicia, dejan á un lado las diferencias de escuela y hasta las preferencias personales que les separaban..... con la mira de obtener la consagración de sus derechos para la transformación de la propiedad y la supresión del salario.»

Y vosotros, compañeros, los que me habéis invitado á esta conferencia y que formáis las avanzadas del ejército proletario, tened en cuenta que divididos los trabajadores activos entre la orientación socialista y la anarquista, dejan en la indiferencia á la masa general, y nosotros, hijos en nuestra marcha ascendente á la conquista del ideal, no podemos dejar estacionada á esta masa que al fin y al cabo es el factor más importante y con el que forzosamente hemos de contar para que en el próximo é ine-

vitable movimiento revolucionario dé el triunfo á la justa causa de nuestra emancipación.

Hemos de reconocer que ese inmenso número de trabajadores que constituyen lo que titulamos masa, ha de ser el que preste su fuerza á la inteligencia, y que no podemos prescindir de él porque es el que ha de imponer su voluntad.

Sin abandonar el punto culminante, que es el ideal anarquista, hemos de llamar á esos trabajadores, pero no como caudillos para que nos sigan, sino como compañeros para que nos ayuden; y si esto hacemos, si descendemos de la torre de marfil para confundirnos con ellos y enseñarles la inmensa justicia de nuestros amados ideales, la hora de las grandes reivindicaciones habrá dado un gran paso en el reloj de los tiempos.

Para remover esa masa es preciso aprovechar el sindicalismo moderno, que es el antiguo societarismo, agitado por más eficaz impulso revolucionario y adaptado á la acción directa, en oposición á la acción legalista y á la huelga sostenida por el subsidio al huelguista.

Nosotros no podremos decir que progresamos si dejamos estacionados á la inmensa mayoría de los explotados; si la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, no ha de ser la obra de ningún redentor, caudillo personal ó colectividad socialista ni anarquista, sino de esa misma masa neutra de trabajadores que permanece indiferente ó que á lo sumo da ceros y comparsas á supuestos redentores de buena ó de mala fe. Es preciso que esa masa ingrese en el sindicalismo, agrupación obrera progresiva y no en esas otras agrupaciones que mientras subsistan tenderán á la formación de un Cuarto Estado obrero y dejarán un Quinto Estado irredento.

Si los revolucionarios mejicanos, á los que desde aquí envío un fraternal saludo, no hubieran tenido esto presente, les hubiera sido imposible sostener durante tantos meses la titánica lucha que sostienen contra el capitalismo mejicano.

Al grito de Tierra y Libertad para todos luchan todos todos los explotados.

Ved lo que nos decían desde Méjico:

«Nuestras columnas luchadoras no están compuestas de puros libertarios, sino que son mixtas. Hay en ellas hombres bastante emancipados y anarquistas de verdad; pero la generalidad no comprende por completo nuestros ideales, aunque sí comprenden que serán felices si se llega á tomar posesión de la tierra, y por tomar posesión de la tierra luchan. Ya es mucho conseguir que tengan ese deseo y que desconozcan el derecho de propiedad; pero nuestra ambición es que despierten todavía más para asegurar el éxito y evitar una reacción. La división especial, con su ejemplo, abrirá los ojos á los tímidos y hará que los secunden en su obra purificadora. Los compañeros de la división especial irán á los campamentos de los otros compañeros, fraternizarían con

ellos y enseñarían á los que no saben nada, así como tomarían especial empeño en instruir á los campesinos sobre las ventajas del cultivo de la tierra en común, etc.»

Para remediar tanto mal, es preciso una actividad constante; vosotros la tenéis demostrada, pero hay que continuarla, porque un pantanoso estancamiento de pesimismo, fatalismo y conformidad detiene el desarrollo de las ideas emancipadoras; una monótona sumisión, una ceguera incomprensible, un indiferentismo absoluto reina en el encenagado campo de los obreros esclavos. Servir y adular á sus opresores; aumentar y resguardar sus intereses; he ahí su única misión.

Su humillante silencio apenas lo interrumpen las exclamaciones quejumbrosas, los quejidos maldicientes de millares de brazos desocupados, despedidos de las minas, talleres y fábricas.

Y si dudáis de cuanto os digo, fijad vuestra vista sobre cualquier centro de producción, pueblo ó aldea y observareis el siguiente cuadro:

Por un lado la burguesía y los holgazanes del clero y del régimen existente, disfrutando á sus anchas, de todas las comodidades, consideraciones y honores; y por el otro, quienes todo lo producen, quienes todo lo laboran, destrozándose, mutilándose con las herramientas, las máquinas y las rocas, viven en la última miseria, sufriendo privaciones y toda clase de necesidades.

Mientras el pobre sacrifica su vida en las profundidades del mar y de las minas, en combates encarnizados, y sirven de pasto á las fieras, á los demás animales, para llenar las cajas de los capitalistas, éstos les pagan con atropellos y crueldades.

Por todas partes la burguesía, esa clase explotadora, acaparando y derrochando á manos llenas el producto de nuestro trabajo. Mientras ellos, en soberbios palacios, viven en continuas orgías, rivalizando cada cual en lujo y vicios; á pocos pasos suyos, en las pocilgas, en los cuartuchos, en las puertas de sus propias casas caen desfallecidos de hambre y desnudez, en medio de agudos dolores, un montón de anónimos, que indudablemente fueron sufridos trabajadores, factores de riqueza, pero que se convirtieron en pordioseros, ya inutilizados por accidentes, por la vejez, ya cansados de solicitar en qué emplear sus músculos, desgraciadamente sin conseguirlo ni mucho menos hallar en sus desventuras quién le prodiga para lo más necesario para comer. En todas partes, bajo cualquier gobierno, nuestros deberes son: trabajar, obedecer y sufrir; nuestros derechos, hambre y abandono.

Y este contraste inhumano entre la opulencia y la miseria, entre el rico y el pobre, que mientras unos gozan sin trabajar, otros trabajan sin derecho á sus productos; este contraste irracional, observado atentamente por los obreros que anhelan que cuanto antes terminen estas desigualdades é injusticias, es lo que constituye el grande y transcendental problema obrero.

El trabajador quiere libertarse de la explotación de

AEP-ODHS  
BARCELONA

AEP-ODHS  
BARCELONA



que es objeto; quiere redimirse de la ignorancia en que se le mantiene por la fuerza; quiere, en una palabra, emanciparse del yugo de la tiranía. Sólo á él corresponde, pues, su solución.

Las leyes siempre son hechas por la clase acomodada y en favor de los capitalistas.

Rechacemos, pues, con energía y dignidad el acudir á los poderes públicos para obtener mejoras en nuestra condición de obreros.

Esperémoslo todo de nuestra enérgica acción, de nuestra decidida perseverancia, de nuestro esfuerzo compacto, utilizando la poderosa fuerza del sindicalismo.

Así lo hacen las masas proletarias de casi todos los países, que cual lava subterránea vienen evolucionando, revolucionándose con sorprendente tenacidad.

Así lo prueban esos espontáneos movimientos de rebeldía de los oprimidos, que cual viento huracanado son presagio de grandes cataclismos sociales que tarde ó temprano han de barrer las injusticias y perversidades de todos los opresores y de todos los explotadores. Y la explosión de sus justas iras, de sus odios reprimidos, ha de ser como la de grandes volcanes, destructora, irresistible; pero creadora de una Vida libre y armoniosa, generadora del Bien general comunista, incubadora de la Libertad y de la Confraternidad, basadas en la Solidaridad social.

---

AEP - CDHS  
BARCELONA